

cia aun mucho mas preciosa que su Corona. Os exhortó á que aliviaséis á los pueblos: sed, pues, su Padre, y de este modo sereis por muchos títulos su Soberano.

Os inspiró horror á la guerra, y os aconsejó que en este punto no imitaseis su exemplo; sed, pues, un Principe pacífico: las mas gloriosas conquistas son las que nos ganan los corazones.

Os mandó que temieseis al Señor; caminad pues á su vista con inocencia: porque vuestro reynado en tanto será feliz, en quanto sea santo.

Sean, Señor, las últimas palabras de aquel gran Rey, de aquel Patriarca de vuestra Real familia, como las del Patriarca Jacob quando estaba para morir, profecias de lo que en adelante habia de suceder á su descendencia; y sean sus últimas instrucciones feliz pronóstico de vuestro Reynado. Amen.

(1) La Duesna de Vaindour. (2) El Padre de Moysen. (3) El Mariscal de Villeroi. (4) El conde de Orlans de Francia.

SER-

## SERMON

PARA EL PRIMER DOMINGO  
de Quaresma, acerca de las tentaciones de los Grandes.

*Jesus ductus est in desertum á spiritu, ut tentaretur á Diabolo.*

Jesus fue llevado al desierto por el espíritu, para ser allí tentado por el Demonio. *Matth. 1. 4.*

SEÑOR. PARA EL PRIMER

Las prodigiosas señales que acompañaron al nacimiento y los principios de la vida de Jesu-Christo, no permiten al Demonio ignorar que el Altísimo le destinaba á cosas grandes.

Quanto mas divisaba los primeros vislumbres de su futura grandeza, mas priesa se daba á armarle lazos. Su descendencia de los Reyes de Judá, su derecho á la Corona de sus mayores, las Profecias que anunciaban que en los últimos tiempos habia de sacar Dios de la estirpe de David al Principe de la paz, y al Salvador de su pueblo, todo quanto anunciaba la grandeza de Jesu-Christo armaba la malicia del tentador contra su inocencia.

Los Grandes, Señor, son el primer objeto de su furor: éstos se hallan mas expuestos que los demás hombres á sus engaños y lazos, y él se los empieza á armar desde luego; y como su caída le asegura la de casi todos aquellos que dependen de ellos, se vale de todos sus ardidés para perderlos: *Convérte esas piedras en pan*, dixo al Salvador: primeramente le acomete con el deleite, y este es el primer lazo que pone á su inocencia.

Supuesto que eres Hijo de Dios, prosigue, el Señor en-

enviará sus Angeles para que te guarden : continúa con la adulacion ; y está es una tentacion aun mucho mas peligrosa , con la que emponzoña sus almas.

Finalmente : *Yo te daré todos los reynos del mundo , y toda la gloria* : acaba con la ambicion ; y este es el ultimo y mas seguro medio de que se vale para triunfar de su fiqueza.

Y asi el deleite empieza á corromperles el corazon ; la adulacion los confirma en el desorden , y los cierra todos los caminos de la verdad ; y la ambicion pone fin á su ceguera , y acaba de abrirlos el precipicio : manifestaré estas tres verdades despues de haber implorado , &c. *Ave Maria.*

## PRIMERA PARTE.

**S**ENOR, el deleite es el primer escollo de nuestra inocencia ; las demás pasiones como son mas tardías , no se manifiestan ni maduran , por decirlo asi , sino con la razon : esta pasion se adelanta á ella , y nos hallamos del todo corrompidos aun casi antes de poder conocer lo que somos : esta infeliz inclinacion , que mancha toda la carrera de la vida de los hombres , tiene siempre su principio en las primeras costumbres : éste es el primer dardo venenoso que hiere al alma : es el que borra su primera hermosura , y de él dimanar despues todos los demás vicios.

Pero este primer escollo de la vida humana lo es con especialidad de la vida de los Grandes : en los demás hombres esta deplorable pasion nunca exerce del todo su Imperio : halla muchos obstáculos que se la oponen , el temor de la pública censura la detiene , y el amor á la fortuna la debilita.

Pero en los Principes y Grandes no halla obstáculo alguno , ó si le hay , la misma facilidad con que se aparta , la aviva é irrita : Ah ! qué obstáculos ha hallado jamás en este punto la voluntad de aquellos que tienen en sus ma-

nos

nos la fortuna pública ? Las ocasiones casi siempre se adelantán á sus deseos : su vista , si es lícito decirlo asi , registra en todas partes las culpas que los están esperando : la indecencia del siglo , y la disolucion de las Cortes honra muchas veces con públicos elogios aquellas gracias que consiguen engañarlos : suelen tributarse indignos respetos aun á la mas infame desvergüenza : una felicidad tan indigna se mira con envidia , en vez de ser mirada con execracion : y la adulacion pública oculta la infamia del delito público. Los Principes , Señor , luego que se entregan al vicio no conocen mas freno que su voluntad , y sus pasiones no hallan mas resistencia que sus preceptos.

David quiere gozar de su delito , é inmediatamente sacrifica á él lo mas escogido de su Exercito , haciendo perecer por este medio al único testigo que le incomodaba en su incontinencia : no hay cosa que se oponga , ni pueda detener las pasiones de los Grandes : y asi la facilidad que hallan en satisfacer sus pasiones los sirve de nuevo atractivo : se les allanan todos los caminos de la culpa , y todo quanto les agrada inmediatamente les es posible.

El temor del público suele tambien servir de freno á la libertad del comun de los hombres : por mas corrompidas que se hallen nuestras costumbres , aun no ha perdido el vicio entre nosotros toda su infamia : aun ha quedado alguna reliquia de pudor público , que nos obliga á ocultarle ; y hasta el mismo mundo que parece preciarle de él , no por eso dexa de mirarle como una especie de afrenta y de oprobrio : aunque favorece á sus pasiones , no por eso dexa de imponerlas cierta circunspeccion que las molesta : dá públicas lecciones de vicio y de sensualidad , y con todo eso encarga el secreto y cierta circunspeccion á aquellos que se entregan á él.

Pero los Principes y Grandes han sacudido este yugo : es muy poco el caso que hacen de los hombres para poder temer sus censuras : los públicos respetos que éstos

Tomo X.

C

los

los tributan los sirven de seguridad contra el secreto desprecio que de ellos hacen. No hacen caso de un público que los teme y respeta: se precian, y con razón, (¡oh infamia de nuestro siglo!) de que sus pasiones son tan respetadas como sus personas: la diferencia que hay de ellos al pueblo, les manifiesta á éste en una distancia tan remota, que le miran como si no existiera: desprecian unos dardos que vienen desde tan lexos, y que no pueden llegar á donde ellos se hallan: y siendo casi siempre objetos de las públicas censuras, ellos solos son los únicos que lo ignoran.

Y así, Señor, la mayor Grandeza es mas responsable al público: la elevacion que desde luego ofende á la vanidad de los que nos están sujetos, hace que sean mas severos censores, y que vean con mas claridad nuestros vicios; parece que quieren desquitarse, censurando lo que pierden con la sujecion, y se vengan de su servidumbre con la libertad de sus conversaciones: los Grandes, Señor, juzgan que todo les es permitido, y nada se les perdona á los Grandes: viven como si nadie los viera, al mismo tiempo que ellos solos son el continuo espectáculo de toda la tierra.

Finalmente, en los demás hombres la ambicion y el amor á la fortuna suele servirlos de freno contra el amor á los deleytes. Los cuidados que ésta pide usurpa muchos momentos á la sensualidad: el deseo de conseguirla suspende á lo menos unas pasiones que en todos tiempos la han servido de obstáculo: es imposible convinar los prudentes y mensurados movimientos de la ambicion, con el descanso, la ociosidad, los desordenes y extravagancias del vicio: en una palabra, los públicos excesos siempre han sido un escollo inevitable para la elevacion; y los placeres siempre han trastornado muchas esperanzas de fortuna, y muy rara vez la han adelantado.

Pero los Principes y Grandes, que por parte de la fortuna nada tienen que desear, tampoco hallan por esta parte cosa alguna que se oponga á sus placeres; todo

se

se lo ha dado su nacimiento, sin que, por decirlo así, les quede de qué gozar mas que de sí mismos: sus mayores trabajan para ellos: no tienen que cuidar mas que de los deleites: sus titulos los aseguran su elevacion, y así no tienen mas que hacer que entregarse á sus pasiones.

Por eso los hijos de los hombres ilustres suelen ser regularmente sucesores de la clase y de los honores de sus padres, sin serlo de su fama ni de sus virtudes: la grandeza, de la que los pone en posesion su nacimiento, basta para impedirlos que se hagan dignos de ella: como son herederos de un nombre ilustre, les parece inutil el hacerse merecedores de él: gozan de los frutos de una gloria cuyas amarguras no han gustado; la sangre que derramaron sus mayores, y los trabajos que padecieron, sirven de título á su ociosidad y pereza: todo lo ha hecho por ellos la naturaleza, sin que haya dexado nada que hacer al merito: y muchas veces la gloriosa época de la elevacion de una familia, en el instante siguiente, entregada á un heredero indigno, es la señal de su decadencia y de su oprobrio: en todos los siglos, y en todas las Naciones se hallan exemplos de esta verdad.

Salomón extendió la fama de su nombre hasta las mas remotas extremidades de la tierra: la grandeza y magnificencia de su reynado habia excedido á la de todos los Reyes del Oriente; y un hijo insensato viene á ser el juguete de sus propios vasallos, y vé á diez Tribus que se eligen un nuevo Principe. Los hijos de la gloria y de la magnificencia rara vez lo son de la prudencia y de la virtud: mas difícil suele ser mantener la gloria y los honores que se heredan, que el adquirirlos.

## SEGUNDA PARTE.

**E**L deleite, pues, es el primer escollo de los Grandes, y por aqui es por donde empieza el tentador á engañarlos, y luego sigue con la adulacion: el placer corrompe el corazon por medio del vicio, y la adulacion

C 2

aca-

acaba de cerrar el camino á la virtud : las delicias que rodean el Trono están por todas partes inspirando sensualidad , y la adulacion la justifica : el desorden siempre dexa en lo íntimo del alma un gusano cruel , pero el adulador trata de cobardía estos remordimientos , la dá aliento contra los temores de la culpa , y la quita el único medio que la queda para volverse á reducir al pudor del buen orden y de la razon.

Señor , ¿ qué azote son para los Grandes estos hombres que solo parece nacieron para aplaudir sus pasiones , ó para poner lazos á su inocencia ? ¿ qué desgracia para los pueblos quando los Principes y poderosos se entregan á estos enemigos de su buena fama , porque lo son de la prudencia y de la verdad ? Los castigos de las guerras y de las esterilidades son castigos pasajeros : luego suceden otros tiempos mas felices con los que vienen la paz y la abundancia : aunque padecen los pueblos , la prudencia del gobierno los dá motivo para esperar el remedio ; pero el azote de la adulacion no dexa esperanza alguna : esta es una calamidad para el Estado , que siempre está haciendo temer otras nuevas : los pueblos oprimidos , y ocultada al Soberano su opresion , deben esperar otras cargas aun mas pesadas : los mas lastimosos clamores , que nacen de la pública miseria , pasan plaza de murmuraciones : la adulacion hace que las quejas mas justas y respetuosas pasen por una temeridad digna de castigo : y la imposibilidad de obedecer pasa por rebellion y por deseo de sacudir el yugo de la obediencia. Confunda el Señor , decia en otro tiempo un Santo Rey , confunda á aquellas lenguas engañosas , y á aquellos sabios falsos que procuran perdernos , estudiando solamente el modo de agradarnos.

Desconfiad , Señor , de aquellos que para autorizar las inmensas profusiones de los Reyes , los están siempre ponderando la opulencia de sus pueblos : es verdad que vos entráis en posesion de una Monarquía floreciente , pero advertid que se halla muy acabada con las pasadas

das guerras : el zelo de vuestros vasallos es inagotable ; pero no midais por esta regla los derechos que sobre ellos teneis , porque sus fuerzas no podrán corresponder por mucho tiempo á su zelo : las necesidades del Estado las han debilitado mucho : dexadlos respirar de su opresion , y al mismo tiempo que áumentais su remedio , aumentaréis tambien su amor : escuchad los consejos de los ancianos y sabios , á quienes está confiado el cuidado de vuestra infancia , y que presidieron en los Consejos de vuestro Augusto Bisabuelo , y acordaos de aquel joven Rey de Judá , cuyo exemplo ya os he citado , que por haber preferido los consejos de una juventud inconsiderada á la prudencia y madurez de aquellos á cuyos consejos debió su Padre Salomón su gloria , y la prosperidad de su Reynado , y que á él le aconsejaban que afianzase los principios del suyo , aliviando á sus pueblos , vió formarse un nuevo Reyno de las ruinas de Judá , y por haber querido pedir á sus vasallos mas de lo que le debian , perdió el amor y la fidelidad que no podian negarle : los consejos que agradan rara vez son útiles , y lo que lisonjea á los Soberanos es regularmente la desgracia de sus vasallos.

Con la adulacion , Señor , se fortifican los vicios de los Grandes , y se corrompen sus virtudes : se fortifican sus vicios , ¿ y qué remedio puede quedar á unas pasiones que no hallan al rededor de sí mas que elogios ? ¡ Ah ! ¿ cómo es posible que aborrezcamos y corriamos en nosotros aquellos defectos que nos alaban , quando aun los que nos censuran hallan en nuestro interior , no solamente afecto , sino tambien razones que los defienden ? Nosotros nos hacemos á nosotros mismos la apología de nuestros vicios : ¿ Pues cómo ha de poder disiparse la ilusion , quando todo lo que nos rodea nos los aplaude como virtudes ?

Aun sus mismas virtudes se corrompen : y esto se confirma con la experiencia de todos los siglos , como decia Asuero : las lisonjeras sugestiones de los malos han sido siempre las que han pervertido las laudables inclinaciones de los mejores Principes ; y de esto hallamos exem-

plares aun en las mas antiguas historias. *Et ex viteribus probatur, Historiis... quomodo malis quorundam suggestio- nibus, regum studia deprabentur.* Un Rey infiel hacia esta pública confesion á sus vasallos: los consejos lisonje- ros é iniquos de un adulador, obscurecian toda la gloria de su Imperio: solamente la fidelidad de un Mardoqueo detuvo el brazo que estaba para descargar sobre los ino- centes: un solo vasallo fiel decide muchas veces de la fe- licidad de un Reyno, y de la gloria del Soberano; y del mismo modo, basta tambien un solo adulador para man- char toda la gloria del Principe, y ocasionar las mayores desgracias en un Imperio.

Y á la verdad, la adulacion produce la soberbia; y ésta siempre es un fatal escollo para todas las virtudes: el adulador, atribuyendo á los Grandes las prendas lau- dables que los faltan, les hace que pierdan aun aque- llas que le habia dado la naturaleza: muda en ocasiones de vicio las inclinaciones que en ellos daban esperanzas de virtudes: el valor degenera en presuncion: la magestad que inspira el nacimiento, y que dice tambien en el Sobe- rano, no es mas que una vana soberbia, que le envilece y afrenta: el amor á la fama, que en ellos circula con la sangre de los Reyes sus progenitores, se convierte en una loca vanidad que quisiera ver á sus pies todo el Uni- verso, que procura pelear solamente por tener el frívolo honor de vencer, y que en vez de sujetar á sus enemigos, los suscita otros nuevos, y arma contra ellos á sus ve- cinos y aliados: la afabilidad, que tan amable es en la elevacion, y que es como el primer sentimiento que desde la infancia se procura infundir en el alma de los Re- yes, hallandose reducida á ciertas liberalidades excesivas, y á una estrecha familiaridad para con un corto número de privados, no hace mas que infundir en ellos una cruel insensibilidad á las miserias públicas: aun las mismas obligaciones de la religion, de la que son los primeros Protectores, y á las que dedicaron los mas serios cui- dados de su primera edad, vienen á parecerles pueriles di-

diversiones de la niñez. Señor, los Principes regularmen- te nacen con disposiciones afectuosas, y con unas incli- naciones dignas de su sangre: el nacimiento nos lo dá como en la realidad deben ser, y solamente la adulacion es la que los pervierte.

Luego que se hallan inficionados con las alabanzas, no hay quien se atreva á hablarles el idioma de la verdad: solamente ellos ignoran en su estado lo que solamen- te ellos debieran saber: envian Ministros para que ave- riguen los secretos de las Cortes y Reynos mas re- motos, y nadie se atreve á decirlos lo que pasa en su pro- pio reyno: los discursos de los lisonjeros tienen sitiado el Trono, se apoderan de todas las avenidas, y no per- miten que llegue á él la verdad: de este modo, el Sobe- rano se halla como un extranjero en medio de su pue- blo: está persuadido á que dá movimiento á las mas se- cretas máquinas del Imperio, y está ignorante de los su- cesos mas públicos: le ocultan sus pérdidas, le ponderan sus ganancias, le minoran las miserias públicas, le enga- ñan con los respetos; y como nada vé como es en sí, todo le parece tal como él lo desea.

Estos son los funestos efectos de la adulacion: y con todo eso, Señor, este es el vicio mas comun en las Cor- tes, y el escollo de los mejores Principes: apenas perdió el joven Rey Joas al fiel Pontifice Joiada, aquel pruden- te tutor de su infancia, y el único hombre por cuyo medio llegaba la verdad hasta los pies de su Trono, quan- do engañado con las adulaciones de los cortesanos, dice la Escritura Santa que se entregó á sus malos consejos y á sus propias flaquezas. *Delinitus obsequiis eorum, acquievit eis.*

La adulacion hace de un buen Principe la desgracia de su pueblo, convierte el cetro en un pesado yugo, y á fuerza de alabar las flaquezas de los Reyes, hace despre- ciables aun sus mismas virtudes.

Señor, qualquiera que lisonjea á sus Soberanos los hace traicion: el pérfido que los engaña es tan culpable como el que los destrona: la verdad es el primer respeto que

se les debe: hay muy poca distancia entre la mala fé del adulador y la del rebelde. No cuida del honor ni de la obligacion el que no cuida de tratar verdad, pues esta es el principal honor del hombre, y la basa de todas las obligaciones. La misma infamia con que se castiga la perfidia y la rebelion debiera estar destinada para la adulacion: la seguridad pública debe suplir á las leyes, que no han contado este vicio entre los grandes delitos, para los que han señalado determinados castigos; porque no es menor culpa el atentar contra la buena fé de los Principes, que contra sus sagradas personas, y el faltarles á la verdad, que á la fidelidad que se les debe; porque no es tan temible el enemigo que claramente intenta perdernos, como el adulador que no procura mas que agradarnos.

Pero la mas peligrosa adulacion es la de aquellos que por razon de la santidad de su carácter se hallan establecidos Ministros de la verdad. Vé, dice el Señor al espíritu de mentira, vé, y entra en la boca de los Profetas del Rey Achab, conseguirás engañarle, y será inevitable su engaño. *Decipies, & non prevalebit.* ¡Ah! si la adulacion tiene tantos alhagos, aun quando los vicios y disoluciones del adulador debilitan su autoridad, y la hacen sospechosa, ¿qué fuerza no tendrá su engaño quando se halla consagrada con las apariencias de virtud? ¿qué vileza sería para nosotros el convertir el ministerio de la misma verdad en un ministerio de adulacion y mentira, si en estos púlpitos, destinados á instruir y corregir á los Grandes, los tributáramos falsas alabanzas que acabáran de engañarlos: si el único canal por donde puede llegar á ellos la verdad, no los comunicáramos mas que unas falsas luces que los ayudasen á engañarse: si nos valieramos del estilo vil y adulador de las Cortes, quando venimos á anunciarlos la sublime generosa palabra del Señor: y si en vez de proceder aquí como Maestros y Doctores de los Reyes, nos portáramos como viles esclavos de la vanidad y de la fortuna? ¡y qué desgracia sería tambien para los Grandes el hallar unos indignos

Apo.

Apologistas de sus vicios, entre aquellos mismos que debieran ser sus censores; el oír hablar al rededor de su Trono á los Ministros é intérpretes de la religion en el mismo estilo que á los Cortesanos, y hallar aduladores en los que debieran hallar Ambrosios!

Vos, Señor, á quien Dios ha establecido para mandar á los hombres, no ameís en ellos mas que la verdad, pues esta es únicamente la que los hace amables: cerrad los oídos á los discursos que os lisonjean, porque el adulador aborrece vuestra persona, y no aspira mas que á vuestros favores: oid las alabanzas que os atribuyen falsas virtudes, como públicas reprehensiones de vuestros verdaderos vicios: tened presente que el amor de los pueblos es el elogio menos sospechoso al Soberano: los buenos y los malos Principes siempre han sido igualmente alabados mientras han vivido, y aun estos últimos suelen haber recibido las alabanzas con mayor exceso: el odio público regularmente se oculta baxo la adulacion: haceos, Señor, digno de ser alabado, y entonces despreciareis las alabanzas.

## TERCERA PARTE.

**L**A adulacion cierra el corazon á la verdad, pero la ambicion se sigue inmediatamente como funesto efecto de aquella ceguedad á que conduce la adulacion, y acaba de abrir el principio: este es el último lazo que hoy pone el Demonio á Jesu-Christo: *Yo te daré los reynos del mundo, y toda su gloria.*

La adulacion, Señor, es la que siempre inspira á los Grandes la insensata y mal entendida gloria de la ambicion: ¿pero qué funestos efectos no produce este vano deseo en un corazon que se entrega á él?

Esta infeliz pasion hace desde luego desgraciado al ambicioso que se dexa poseer de ella: despues le envilece y afrenta: y por último le conduce á una falsa gloria, por unos caminos injustos que le hacen perder la verda-

Tomo. X.

D

de-

dera fama: estas son las infames señales de la ambicion, de un vicio con el que tanto honra todo el mundo á sus Heroes, y del que ellos mismos se precian tanto.

No es esto decir que yo quiera autorizar, ni en los Grandes ni en los demas hombres, una vida ociosa é inutil, ni unos pensamientos baxos y cobardes, y que con pretexto de aborrecer la ambicion se entreguen al ocio y al descuido.

Bien sé que hay una noble emulacion que guia á la fama por el camino de las obligaciones: esta nos la inspira el nacimiento, y la autoriza la religion: esta es la que dá á los Imperios ciudadanos ilustres, Ministros sabios y laboriosos, Generales valientes, Autores célebres, y Principes dignos de las alabanzas de la posteridad: la verdadera virtud no consiste en hacer profesion de la pusilanimidad y pereza: la religion no abate ni entorpece el corazon, antes al contrario, le eleva y ennoblece: ella sola forma los grandes hombres: el que solamente es grande por vanidad, siempre es muy pequeño: y así el ocio y la pereza ofenden igualmente á las reglas de la virtud, y á las obligaciones de la vida civil: y el ciudadano inutil no es menos reprobado por el Evangelio, que por la sociedad.

Però la ambicion, aquel insaciable deseo de ser superior á los demas, y de elevarse sobre sus ruinas; aquel gusano que muere el corazon, y que nunca le permite estar sosegado; aquella pasion, que es la principal máquina de los ardidés é inquietudes de las Cortes, que causa las revoluciones en los Estados, y que todos los dias está dando nuevos espectaculos al Universo; aquella pasion que á todo se atreve, y á la que nada es capaz de detener, es un vicio aun mas perjudicial á los Imperios que la misma pereza.

Desde luego hace desgraciado á aquel á quien domina el ambicioso de nada goza, no goza de su fama, porque le parece oscura: no goza de sus dignidades, porque aspira á mas; ni de su prosperidad, porque se seca,

y perece en medio de su abundancia; ni de los respetos que se le tributan, porque los halla emponzoñados con los que él mismo tiene que tributar á otros; ni del favor, porque le parece amargo por tener que dividirlo con sus concurrentes; ni de su sosiego, porque es tanto mas desgraciado, quanto tiene que manifestarse mas tranquilo: es un Amán, que siendo el objeto de los deseos y envidia del público, un solo honor negado á su excesiva autoridad le hace insufrible á sí mismo.

De este modo hace infeliz la ambicion á aquel á quien domina: pero además de esto le envilece y afrenta: ¿qué ruindades no executa para conseguir sus fines? Siempre necesita manifestarse, no como en la realidad es, sino como quieren los demás que sea: ¡Oh indignidad de la adulacion! el adulador inciensa y adora al mismo ídolo á quien desprecia: es infamemente cobarde, porque necesita saber disimular disgustos, sufrir desprecios, y recibirlos como favores: necesita valerse de un infame disimulo, y no acordarse de sí, por estar siempre pensando en los demás: está precisado á entregarse á indignos excesos, ser cómplice, y aun acaso ministro de las pasiones de aquellos de quien depende, y participar de sus desordenes, para participar mas seguramente de sus gracias: finalmente, le es preciso ser hipócrita, aparentar virtud algunas veces, fingirse hombre honrado para conseguir, y aun hacer que la religion sirva á la misma ambicion á quien condena. No os parezca, Señor, que esta es una pintura imaginaria: estas son las costumbres de las Cortes, y la historia de la mayor parte de los que viven en ellas.

A vista de esto, ¿quién podrá decir que este es el vicio de las almas grandes, siendo en la realidad el carácter de un corazon cobarde, y la señal mas propia de una alma vil? Solamente la obligacion nos puede conducir á la verdadera fama: la que se debe á las ruindades y artificios de la ambicion, siempre lleva consigo un distintivo de infamia que nos afrenta: promete los reynos del mundo,

y toda su gloria, solamente á aquellos que se postran delante de la iniquidad, y que se afrentan indignamente á sí mismos. *Si cadens adoraveris me.* Siempre atribuyen los hombres su elevacion á sus vilezas; los puestos que ocupan están continuamente acordando las ruindades con que los han conseguido: y aun los titulos de sus honores y dignidades, solo sirven de públicas señales de su ignominia: pero el ambicioso, como consiga su fin, no repara en la vileza de los medios de que se vale para ello: su deseo es de conseguir lo que intenta, y no apetece mas gloria que los medios que pueden guiarle á este fin: mira á aquellas virtudes Romanas, que no querian deber favor alguno sino á la rectitud, como virtudes imaginarias ó de teatro; y si cree que la nobleza de pensamientos pudo formar antiguamente Heroes famosos, se persuade á que solamente con ruindades y baxezas puede formar sus Heroes la fortuna.

La injusticia de esta pasion es su último efecto, aun mucho mas odioso que sus inquietudes y su infamia. El ambicioso, Católicos, no conoce mas ley que la que le favorece: el delito que sirve para ensalzarle es para él como una virtud que le ennoblece. Es amigo infiel, porque no cuenta con la amistad, luego que ésta se opone á su fortuna: es mal ciudadano, y la verdad en tanto le parece digna de estimacion, en quanto le es util: si el mérito ageno le hace oposicion, le mira como á un enemigo á quien nunca perdona: siempre antepone su propio interés al interés público: aparta á los sugetos dignos, y se pone en su lugar: sacrifica á su envidia la salud del Estado: y mas quiere ver desgraciarse entre sus manos los públicos negocios, que el que se salven por medio de los cuidados y talentos, agenos.

Tal es la ambicion de la mayor parte de los hombres, inquieta, infame é injusta. Pero, Señor, si este veneno inficiona y se apodera del corazon del Principe; si el Soberano, olvidandose de que es el Protector de la pública tranquilidad, prefiere su propia gloria al amor, y á la sa-

lud

lud de sus pueblos: si gusta mas de conquistar provincias que de reynar en los corazones: si le parece cosa mas gloriosa arruinar á sus vecinos, que ser padre de su pueblo: si el luto y la desolacion de sus vasallos es el único cántico de alegria que acompaña á sus victorias: si hace que solamente sirva para sí un poder, que solamente se le ha confiado para que haga felices á aquellos á quienes gobierna; en una palabra, si solamente es Rey para desgracia de los hombres, y si como aquel Rey de Babilonia solamente quiere levantar la sacrilega estatua, ídolo de su grandeza, sobre las lágrimas y ruinas de los pueblos y naciones; gran Dios, ¡qué azote para la tierra! ¡qué mayor demonstracion podeis hacer de vuestra ira, que el enviar á los hombres tales Principes!

La fama de éstos, Señor, siempre estará teñida de sangre: puede ser que haya algun insensato que cante sus victorias; pero las provincias, las ciudades, y los campos no dexarán de llorarlas: se levantarán monumentos soberbios para inmortalizar sus conquistas, pero las cenizas, aún calientes, de tantas ciudades que fueron muy florecientes en otro tiempo, la desolacion de tantos campos despojados de su antigua hermosura, las ruinas de tantas murallas, debaxo de las quales han quedado sepultados tantos pacíficos ciudadanos, y quantas calamidades permanezcan despues de él, servirán de lúgubres monumentos que inmortalicen su vanidad y su locura: habrá pasado como un torrente que destruye la tierra, y no como un magéstioso rio, que atrae á ella la alegria y la abundancia: su nombre quedará escrito en los anales de la posteridad entre el de los conquistadores, pero no entre el de los buenos Reyes; y solamente se atraerá á la memoria la historia de su reynado, para acordarse de los males que hizo á los hombres: y asi su soberbia, dice el Espiritu Santo, (1) subirá hasta el cielo, su cabeza lle-

ga-

(1) Job 20. 6. 7.



gará hasta las nubes, sus felicidades corresponderán á sus deseos, y todo este conjunto de gloria no será por último mas que un monton de cieno, del que solo quedarán la infeccion y el oprobrio.

Gran Dios, vos que sois el protector de la infancia de los Reyes, y sobre todo de los Reyes pupilos, apartad todos estos lazos del precioso Niño que nos habeis dexado por vuestra misericordia: éste puede deciros, como decia en otro tiempo un Rey, segun vuestro corazon; *mi Padre, y mi Madre me han abandonado*: apenas habia abierto los ojos para ver la luz, quando una temprana muerte cerró los de Adelayda, que me habia tenido en su seno, cuyas amables y magestuosas facciones aún están pintadas sobre mi rostro, y los del piadoso Principe de quien recibí la vida, y cuyos religiosos pensamientos siempre estarán gravados en mi corazon. *Pater meus, & Mater mea dereliquerunt me*. Pero vos, Señor, que sois el Padre de los Reyes, y el Dios de mis padres, vos me habeis tomado baxo vuestra proteccion, y me habeis defendido con la sombra de vuestras alas, y de vuestra bondad paternal: *Dominus autem assumpsit me*.

Gran Dios, guardad su inocencia como un tesoro, aún mas apreciable que su Corona: haced que crezca con su edad: tomad en vuestras manos su corazon, para que el impuro fuego de la sensualidad jamás profane un Santuario, que há tanto tiempo que os habeis reservado: *Custodi innocentiam*. (1)

Mirad aquellos principios de rectitud y de verdad, que habeis puesto en su alma: aquel espíritu de justicia y de equidad que cada día se vá manifestando, y que parece haber nacido con él; aquella aversion que manifiesta á los artificios y falsas alabanzas del lisonjero: y no permitais que la adulacion corrompa jamás estos felices principios de nuestra futura felicidad, & *vide equitatem*.  
Rey-

(1) Psalm. 36.

Reyne para felicidad nuestra, y reynará para gloria suya: reduzca toda su ambicion á hacer dichosos á sus vasallos: sea su mas amado título el de Rey bienhechor y pacífico: en tanto será grande, en quanto sea amado de su pueblo: sea el modelo de todos los buenos Reyes, y dexé despues de sí este Rey pacífico, otros Reyes que le sean semejantes: *Quoniam sunt reliquia homini pacifico*: recibid estas súplicas, ó Dios mio, y sean para nosotros prendas de la tranquilidad de la vida presente, y esperanza de la futura. Amen.

## SERMON

### PARA EL SEGUNDO DOMINGO

#### de Quaresma, sobre el respeto que los

#### Grandes deben á la Religion.

*Et ecce apparuerunt illis Moyses, & Elias, loquentes cum Jesu.*

Y al mismo tiempo vieron á Moysés y Elias que hablaban con Jesus. *Matth. 17. 3.*

SEÑOR.

**L**OS dos mayores hombres que jamás huyo en la tierra, vienen hoy al santo monte á tributar sus respetos á la gloria y magestad de Jesu-Christo.

Moysés, aquel Dios de Faraon, aquel Legislador de los pueblos, vencedor de los Reyes, dueño de la naturaleza, y aun mucho mayor por el título de siervo fiel de la Casa del Señor.

Elias, aquel hombre milagroso, terror de los Principes impíos, que podía hacer baxar fuego del cielo, ó subir él mismo á él en un carro de gloria y de luz, y

mu-